
Cosas de Negro

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7577

Título: Cosas de Negro

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 20 de agosto de 2022

Fecha de modificación: 20 de agosto de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Cosas de Negro

A Juan C. Guerreño.

El demonio de la sequía mortificaba á la comarca. Cien y taños días transcurridos sin llover, mientras el sol besaba cotidianamente la tierra con sus labios de fuego, dejaron las sementeras pálidas, lánguidas, mustias, exhaustas, sin potencia para germinar, idénticas á mujeres consumidas y esterilizadas con la excesiva prolongación del deliquio amoroso.

El hacendado opulento que veía pasar los días, consagrada la peonada a la ingrata labor del «cuereo», y que al recorrer el campo observaba el suelo amarillo, agrietado, loco de sed, sobre el cual erraban lentamente los vacunos flacos y tristes, apenábase, sin duda, porque aquella calamidad le absorbía todo el rendimiento del año, la ganancia esperada como justa recompensa del capital expuesto y del diario afanoso laborar.

Pero para el mísero chacarero, la perspectiva era más desconsoladora aún; su cosecha es su pan, el pan del año entero, el fruto obtenido á trueque de penas infinitas. La pérdida de la cosecha, era la miseria sonriéndole sarcásticamente desde aquel cielo azul, sin nubes, árido, inclemente.

¡No llovía!...

A veces nublábase el firmamento y las gentes salían al patio y observaban ansiosas, mudas, reteniendo la respiración «para no ahuyentar la tormenta». Hasta los perros se quedaban quietitos, sentados sobre las patas traseras, agitados los flancos, escarlata los ojos y media cuarta de lengua afuera.

Solían caer unas gotas de agua, á cuyo contacto la tierra dejaba encapar un vaho capitoso. Pero casi de seguida borrábase el aspecto caliginoso del cielo y tornaba el sol á vomitar fuego sobre las campiñas desesperadas.

Sólo las ovejas estaban contentas, comiendo raíces y sin importárseles un

ardite de la ausencia del agua.

La persistencia de la sequía dibujaba, con rayos de luz, un cuadro sombrío para los infelices moradores de la comarca, quienes intentaron un último recurso, yendo á implorar la piedad divina.

Reuniéronse los labriegos, coincidieron en el propósito, pero considerando que, para solicitar algo á los poderosos—y Dios debe serlo más que nadie,—siempre resulta más práctico hacerlo por intermedio de persona influyente, se fueron á ver á Enrique Queirolo, chacarero al por mayor, y que, siendo muy amigo del cura, tenía algunas relaciones con Dios.

Queirolo, servicial, buen creyente y capaz de cantar una petenera sobre la parrilla en que asaron a Moctezuma, accedió gustoso y fuese á ver al padre Bianchetti, santo prelado napolitano para quien la sangre de Cristo se transfuga anualmente en los viñedos de Barbera.

—Padre—empezó Queirolo:—¿Si hiciésemos un a petendam pluviam?

—Ma parece buono.

—¿Si sacásemos en procesión al patrón del pueblo?

—¿Á santo Benito?

—¡Pues!

—Ma parece lindo... Ma, sapese, cuesta matina tenguc que decirle coiné cinco misa á Santo Benito... Son misa pagata, ¿sái?... Pagato puoco due pesi el máximum... ma precisa cumplire... Dopo al meso jorno sacamo al Santo Benito, lo sacamo, andate tranquilo... ¡Per San Genaro! si questo cane de negro no fa llovere, lo meto tuta setimana de facha al...

—¡Padre!

—¡Ah! Escusa. ¡Qué la santa Madona me perdone...

* * *

A las tres de la tarde, la gente del pueblo, aumentada con numerosos vecinos de las chacras, se hallaba reunida en la iglesia parroquial, de donde partió, con el ceremonial acostumbrado, la procesión encabezada

por San Benito.

Una hora después, la ceremonia había terminado; y una hora después ennegrecíase el cielo, rugían los truenos, serpeaban los relámpagos... y caía sobre la pobre, asolada comarca, la más formidable de las granizadas...

Queirolo, compelido por sus colegas, fue á pedir una explicación del fenómeno al buen padre Bianchettí, quien después de servirse y de beber la última copa de Barbera, respondió con beatífica calma.

—¿E qué quere se ché?... Santo Benito e negro é lo negro, no lo sábese, dopo el meso jorno, sempre hacene cosa de negros!...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó

de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.